

El lápiz de Esculapio

Finito

Lorenzo Serrahima*

A la taurina hora de las cinco de la tarde estaba prevista la intervención del famoso diestro doctor Patachula, más conocido en el mundillo por su sobrenombre de Finito del Bisturí. El respetable no había respondido como cabría esperar; el sobradamente demostrado arte de Finito no parecía ser reclamo suficiente para compensar la escasa fama del clan que serviría los ejemplares para la plaza. Ante los ojos del primero de ellos, debidamente tumbado en una camilla, ya habían discurrido las imágenes vertiginosas del techo de los pasillos en su camino hacia el ruedo. Un hermoso ejemplar de más de cinco hierbas, mocho aunque bien plantado, bien alimentado y capaz de dar buen juego. Pero nada parecía alterar su actitud, no parecía nervioso ni agresivo; quizá esa falta de nervio justificaba la ausencia de público.

La cuadrilla del maestro empezó a tomar posiciones. En cuanto apareció el paciente, fue rápidamente acorralado e inmovilizado sobre la mesa de operaciones. Unas breves palabras para calmarlo, y casi sin que se diera cuenta empezó la fiesta. Los primeros tientos, las primeras llamadas desde el burladero y la primera intervención de la banderillera, que colocó un soberbio par en el antebrazo derecho. La sangre manaba discreta aunque continuamente de la herida, así que el presidente ordenó el cambio de tercio. Los picadores entraron en escena estudiando con precaución los lomos del paciente. Tres puyazos bastaron para reducir sus escasos ímpetus a nada y dejarlo a plena satisfacción del maestro. Finito empezó la faena con unos pases de tanteo que dejaron al paciente boca abajo, con su tendón de Aquiles desprotegido. El maestro aprovechó la situación para abordar el tendón roto con una incisión breve como la vista de Rompetechos, pero precisa como los diseños del profesor Franz (sí, el de Copenhague). Inmediatamente introdujo el achillon en la herida. Trátase de un aparato en forma de hache doble, lleno de orificios, que supuestamente le serviría para suturar el tendón sin apenas abrir la piel.**

Al ver que el paciente colaboraba, Finito se regaló con la faena. Empezó con unos pases de pecho que enlazaron un extremo del tendón con una elegancia y a la vez una firmeza pocas veces vistas en la plaza. Creciéndose, el maestro siguió con unas chicuelinas y un dominio de la muñeca que dejaron boquiabierta hasta a su propia cuadrilla. Fueron unos pases tan ajustados que, de no haberse ejecutado con tal firmeza habrían hecho difícil de creer que nadie saliera herido. Una vez repuestos los muñones del tendón en su lugar correspondiente, Finito del Bisturí atacó la fascia del gastrocnemio para desgarrarla apenas en la medida justa que permitiera aflojar la tensión del tendón. Nuevamente la precisión del corte hizo honor al sobrenombre de su autor. En la plaza reinaba el silencio propio de la admiración suprema. Finito remató la faena con unos puntos en la piel y un vendaje de yeso hasta la rodilla realizado con la elegancia y la maestría de un Clará. El paciente, sabiéndose vencido, dobló la testuz en señal de sumisión. Ello le hizo merecedor del perdón del presidente, que ordenó que fuera devuelto a toriles. Además, decidió no conceder al maestro ninguna oreja ni el rabo, a pesar de que merecía sobradamente dichos trofeos (y así se ganó la eterna gratitud del paciente).

El paciente fue devuelto a toriles. En su recorrido de regreso, el techo de los pasillos volvió a desfilar ante sus ojos a la vez que una idea martilleaba su mente:

«Nunca más me vuelvo a poner tacones de aguja, ni aunque me lo pida la Churri.»

* Traductor médico, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: serrahima@gmail.com.

** El autor de esta crónica desconoce si la patente es del citado profesor Franz, pero en todo caso el ingenioso diseño del aparato sería sin duda digno de tal mente.